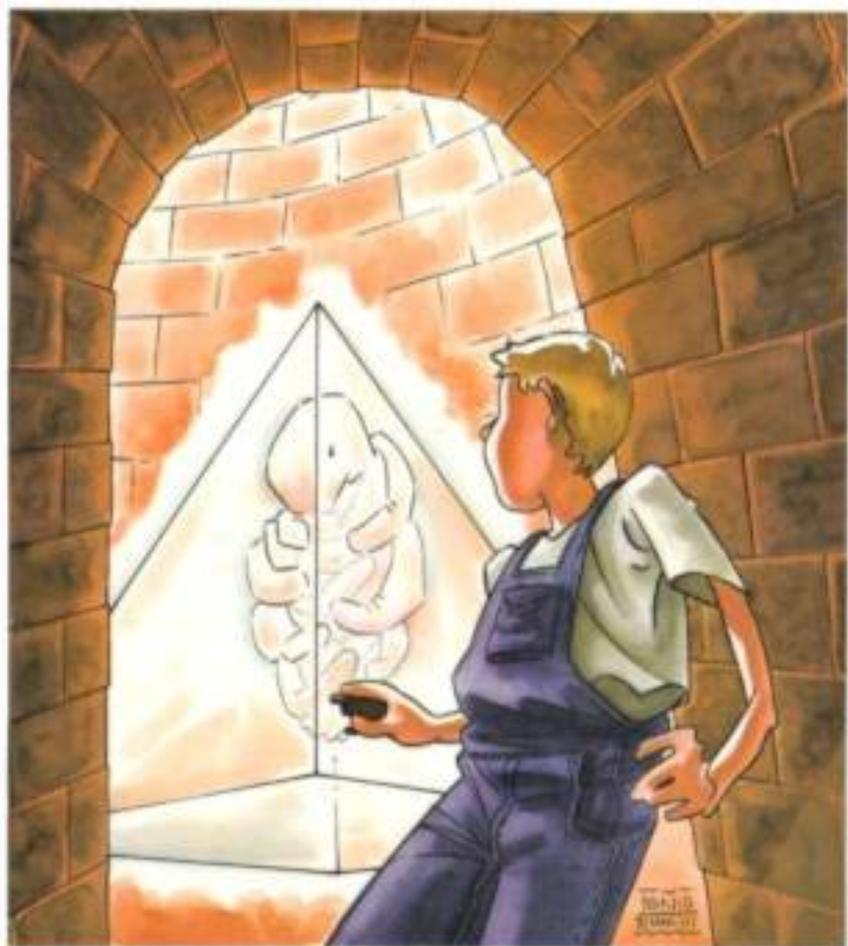


*ala delta*

Mariano VARA

**LA PUERTA  
DEL INFIERNO**



Sam decide explorar el sótano de una casa que habían comprado sus padres. Descubre una pirámide de cristal que desprende una luz inquietante. Sam traspasará el lugar donde está la pirámide y de esta forma hará un viaje en el tiempo. Se encontrará de pronto en un mundo del futuro que resultará terrorífico.

Mariano Vara trabaja en los servicios informativos de la Televisión Española. En sus obras literarias aprovecha los conocimientos que adquirió en los viajes por el mundo, que le permiten dar un amplio horizonte a sus novelas.

## Índice de contenido

Cubierta

La puerta del infierno

La casa

La pirámide de cristal

La ciudad aislada

El Valle Sagrado

Los hombres invencibles

La destrucción del tiempo

El encuentro

El final

## La casa

**L**A casa era verdaderamente espléndida. Contemplada desde el camino de entrada, parecía como si flotara entre los mil árboles del jardín abandonado, testigo fiel de viejas épocas de esplendor. A esa hora de la tarde, los últimos rayos de un sol escarlata se reflejaban caprichosamente en las tejas: daba la sensación de que el color del cielo formara parte de los tejados.

Mis padres estaban muy satisfechos de su futura adquisición. ¿Cuándo habrían podido comprar una casa semejante a ese precio? Llevaba más de veinte años abandonada y le hacían falta numerosos arreglos; pero, de todas formas, era una auténtica ganga.

Antes de firmar las escrituras de compra, investigaron, como nunca lo habían hecho antes, la situación jurídica de la finca. Habían aprendido a desconfiar de lo que se soluciona con dinero, y no querían que un posible fraude llevara al traste el esfuerzo de muchos años ni las ilusiones que se habían forjado en los instantes de felicidad. Afortunadamente, la casa era legal. También supieron que, hacía veinte años, un hombre se había vuelto loco entre sus paredes. Según la mayoría de los vecinos, esa razón era más que suficiente para que muchos interesados se echaran atrás en su deseo de adquirir la casa.

Jane Rogers, mi madre, era escocesa y enseguida preguntó si el hombre en cuestión había muerto allí. Le horrorizaba la idea de un ánima vagando entre los muros de nuestro futuro hogar. Le respondieron que el antiguo propietario no había muerto, sino que, simplemente, había

enloquecido y estaba recluido en un hospital psiquiátrico, a no más de cuatro kilómetros del lugar. Añadieron que no temiera, que los vendedores de la casa tenían todos los poderes.

Volvimos a la finca el día siguiente de que mis padres firmaran las escrituras y lo hicimos aprovechando las mejores horas de luz solar. Dejamos el coche fuera de la verja y descendimos. Mi madre, al pasar la puerta del jardín privado, reflejaba la emoción en sus ojos. Raúl, mi padre, no estaba menos satisfecho. El único descontento era Samuel –Sam–, es decir, yo, a quien en ningún momento se le había pedido su opinión.

Al parecer, a mis padres no les importaba que tuviera que dejar de ver a mis amigos del barrio donde vivíamos. Ellos buscaban una tranquilidad que a mí me aburría. Aunque tal vez yo era injusto con ellos: habían pasado una mala racha que les puso al borde del divorcio. Constantemente discutían sobre el espacio vital, imprescindible incluso para respirar. Jane, eterna ama de casa, en más de una ocasión había estado en un tris de hacer las maletas y de regresar a su añorada Escocia. Pero se concedieron una tregua, y de esa tregua surgió el asunto de la casa. Con esta compra estaban más o menos felices, lo notaba en su forma de actuar, en las actitudes juguetonas de mi padre... Hasta mi madre decía con frecuencia que había perdido algunas arrugas.

Pasamos al interior. El salón principal era fantástico: una pieza inmensa con dos escaleras, varias puertas y un buen número de columnas en las que se apoyaban las vigas maestras del edificio. Recorrimos, una a una, todas las habitaciones y mi padre abrió de par en par puertas y ventanas. Entró una luz potente que alegró los rincones dormidos en el tiempo, e iluminó los muebles cubiertos de polvo, que los antiguos propietarios habían abandonado allí. Pero lo que de verdad me cautivó fue el sótano, un lugar especialmente fresco, donde se almacenaba todo lo

inservible que no se desecha por el simple amor a las cosas. Conté dos bicicletas medio oxidadas, una vieja máquina de escribir y varios artilugios mecánicos fabricados con piezas procedentes de otros objetos. Parecían inventos estrambóticos del hombre que había enloquecido allí.

–Hacer de este lugar algo habitable nos va a dar mucho trabajo –dijo mi padre–. Ante todo, es necesaria una buena limpieza. Habrá que tirar todo lo inútil. Me temo que tendremos que desistir de nuestra autosuficiencia, y en cuanto a restaurar nuestro hogar, limitarnos a quitar un poco el polvo y a guardar lo que pueda interesarnos.

–Podemos empezar mañana mismo. Y tú –añadió mi madre dirigiéndose a mí– tendrás que elegir tu habitación y ayudarnos en lo que puedas.

Acudieron a mi cerebro los objetos del sótano y respondí con gran aplomo:

–¡Me quedo con el sótano! Con todos esos cacharros será más divertido.

–No sabes en qué berenjenal te metes –apostilló mi madre.

–¡Sótano adjudicado a Sam! –exclamó mi padre imitando los gestos de un subastador–. ¡Resto de la casa para la familia compuesta por el señor Velasco y la señora Rogers!

Mi padre era aficionado a ese tipo de bromas. Con frecuencia fingía situaciones, imitaba a personajes públicos o interpretaba papeles cómicos que a mi madre y a mí nos hacían reír.

Al día siguiente comenzamos el trabajo. Pronto me arrepentí por haber elegido tal vez el lugar más sucio de la casa. «¿Por dónde empezar?», me pregunté, pensando que jamás sería capaz ni siquiera de dar un orden lógico a todo lo allí almacenado. Finalmente decidí quitar el polvo que el tiempo había acumulado en las paredes y objetos. Habíamos comprado varios escobones y me hice con uno. A las primeras barridas, la habitación quedó envuelta en

una nube de polvo que me impedía respirar, tanto más cuanto que en el sótano no había ventanas. De manera que era necesario parar cada cierto tiempo y esperar a que las partículas en suspensión cayeran al suelo.

Mi madre bajaba al sótano con frecuencia y me preguntaba si necesitaba ayuda. Yo respondía negativamente. Así pasé las primeras horas en nuestra nueva casa. Hasta que por fin mi padre, asomando la cabeza por encima de la escalera, me gritó:

—¡Sam! Es la hora de irnos. Anda, recoge tus cosas y sube a lavarte.

Esa noche apenas pude dormir. Constantemente llegaban a mi cerebro ideas contradictorias a las que difícilmente podía dar solución. Pensaba sin cesar en la casa y en las posibles causas de la locura de su anterior propietario. ¿Podía una persona perder el juicio de repente? Si enloqueció en la casa, ¿pudo ser la soledad el origen de sus trastornos? Él había vivido solo durante muchos años, y, con frecuencia, la soledad produce fantasmas que la razón no acierta a explicar. Era, al menos, lo que había leído en algún libro. Me lo imaginaba muy viejo, con larga barba canosa, el rostro lleno de arrugas y unos ojos perdidos en el vacío.

Mi madre sugirió sacar al jardín todo lo inservible, incluyendo los cachivaches del sótano. Ella quería desprenderse de lo inútil, que era prácticamente todo. Nos pidió la opinión a mi padre y a mí. Iba a protestar, pero Raúl se me adelantó, y dijo que algunas cosas podrían quedar bien, una vez restauradas. La duda quedó resuelta y volví a mi trabajo.

Las paredes del sótano ya estaban casi limpias. Falta el suelo. Para limpiarlo era conveniente retirar una gruesa estera que cubría una buena parte de las baldosas. Le quité el polvo y comencé a enrollarla. Pesaba como el plomo. Fue entonces cuando descubrí algo de lo que nadie nos había hablado y que me sorprendió: se trataba de

la trampilla de acceso a un subsótano. Me detuve y observé con emoción la silueta de un grueso portón, perfectamente dibujado en el suelo. El madero carecía de cerradura, aunque estaba provisto de una gruesa argolla de hierro oxidado en la que introduje las dos manos. Tiré con todas mis fuerzas. Las bisagras comenzaron a chirriar con aspereza, pero no pude levantarlo más allá de un palmo.

Mi primera ocurrencia fue subir corriendo y comunicar a mis padres el hallazgo, pero pronto desistí. Tal vez fuera mejor Investigar por mí mismo el secreto del subsuelo, si había algo digno de tal investigación; seguramente sólo encontraría gran cantidad de porquería y mucho más trabajo.



Descansé un rato y volví a intentar la apertura de la trampa una y otra vez, con el mismo resultado. Tenía que encontrar alguna solución y comencé a darle vueltas al cerebro. Finalmente apliqué un principio básico de la física: la palanca. Tomé una larga cuerda de cáñamo y la até con firmeza al aro metálico. Después la pasé por la barandilla de la escalera y tiré con rabia. La trampa comenzó a

abrirse con estrépito. Seguí tirando y anudé la soga cuando comprobé que la apertura lograda permitía sin dificultad el paso de un cuerpo.

Introduje la cabeza por el agujero. La oscuridad del subsótano era total. Metí un brazo y busqué algo parecido a un interruptor eléctrico. Nada. Finalmente decidí coger la linterna de *cámping* que mi padre siempre guardaba en el maletero del coche.

—¿Cansado? —preguntó mi madre—. Pronto iremos a comer. Muy cerca de aquí hay un restaurante chino que dicen que es estupendo.

—¿Está abierto el coche? —pregunté.

—No... —respondió mi padre—. ¿Qué necesitas?

Entonces comprendí el valor que, en determinados momentos, tenían las respuestas preparadas de antemano. Dije:

—Nada... Algunos trapos sucios de los que llevas en el coche para limpiarte las manos cuando tocas el motor. Quiero quitar el polvo a algunos cacharos del sótano.

—¡Anda, toma! —Y me lanzó las llaves al aire.

La idea de los trapos fue buena, porque me permitieron ocultar la linterna sin demasiados problemas. Regresé enseguida, me arrodillé junto al hueco y la encendí. La luz me permitió ver una vieja escalera de madera. Bajé con cuidado. Algunos peldaños crujían bajo el peso de mi cuerpo amenazando con hacerse trizas. Por fortuna, aguantaron.

Abajo, el espectáculo era insólito y emocionante. Aquello no era el almacén de los objetos en desuso. Las paredes estaban llenas de anaqueles repletos de libros amarillentos, encuadernados de forma artesanal. Había, incluso, algunos incunables. No existía otra cosa: sólo libros y más libros protegidos por una gruesa capa de polvo. Tomé un volumen al azar y lo abrí. Estaba escrito a mano y parecía hablar de física, a juzgar por sus fórmulas matemáticas. Cogí otro, con idéntico resultado. De todas for-

mas observé que la colocación de las obras seguía un cierto orden. Traté de descubrirlo, según mi propia lógica, y alcancé el último volumen. Era un índice de todo lo acumulado. Pasé una a una todas sus páginas, ansioso por encontrar alguna pista que respondiera a mis preguntas. Sin mucha ilusión, leí el sílabo de principio a fin; incluso tomé buena nota de algunos títulos que llamaron poderosamente mi atención.

Una voz retumbó en las paredes del subsótano. Era mi padre. Miré el reloj con precipitación. ¿Cómo era posible que el tiempo hubiera pasado con tal celeridad? Subí, cerré la trampilla y volví a colocar encima la estera. Decidí seguir manteniendo el secreto. No en vano era la primera vez que me sentía dueño absoluto de algo.

Camino del restaurante, mi padre aseveró:

—Me asombra tu capacidad de trabajo. ¿Has encontrado algo que valga la pena?

Temí que sus palabras encerrasen algún significado que yo desconocía.

—No —respondí a secas.

—De todas las formas, daría lo mismo. El contrato de compraventa no incluye todo lo no estipulado y de valor que podamos encontrar.

\* \* \*

Una semana más tarde, nuestro trabajo estaba a punto de concluir. El resto: albañilería, fontanería, electricidad y un largo etcétera, era cuestión de expertos. Mi padre contrató los servicios de una empresa especializada en la restauración de edificios y, una buena mañana, se presentó un técnico para evaluar las necesidades de la casa. Era un señor delgado y menudo que en un pequeño bloc anotaba las horas de trabajo, el material necesario y los precios del mismo. Al pensar en los trabajos, temí que los albañiles llegaran a descubrir la trampilla camuflada debajo de

la estera, y dije con cierta solemnidad que yo me ocuparía del sótano.

—¡Vaya cariño que le has tomado a ese lugar! —exclamó mi madre.

Iba a responderle, pero el técnico se adelantó:

—Los sótanos suelen ser sólidos y requieren pocos arreglos, aparte de una buena capa de pintura. Si lo que quieres —añadió con sorna, refiriéndose a mí— es abaratar un poco el presupuesto, puedes también arrancar el papel pintado de todas las habitaciones. Con agua caliente y una brocha, ahorrarás a los técnicos un par de días de trabajo... y de dinero.

—¿Cuándo pueden comenzar las reparaciones? —inquirió mi padre.

—El próximo lunes. Antes de esa fecha, deberán depositar en nuestras oficinas un veinticinco por ciento del total de la factura. Si lo desean, nuestra empresa les puede financiar el resto, o el total de lo estipulado.

—No, no será necesario...

El perito se despidió con la amabilidad de un relaciones públicas, no sin antes recordar que también teníamos que proporcionarle una copia de las llaves de la casa.

Volvimos a nuestros quehaceres.

—Bien, Sam, ¿comenzamos a quitar el papel de las paredes? —preguntó mi madre.

Dije:

—Yo prefiero seguir con el sótano.

—¿Pero qué mosca te ha picado? Ayúdame, al menos, a buscar leña para calentar un poco de agua; hasta dentro de tres o cuatro días no instalarán el gas. Sin agua caliente ¡no sé cómo se las podían apañar los antiguos!

—¡Es que no tenían que despegar ningún papel de las paredes! —exclamé con desgana.

Salimos al jardín y recogimos hojarasca y ramas de algunos arbustos secos. El tiro de la chimenea era bueno y

confeccionamos un túmulo sobre el que colocamos unas enormes trébedes con un balde de cinc lleno de agua.

—Ahora, a esperar que hierva el agua. Tenemos para rato. Ya puedes volver a tu sótano favorito, cariño.

Creo que era la primera vez que obedecía a mi madre con un placer inmenso, a pesar de la ironía que encerraban sus palabras.

Abajo, todo estaba en orden. La estera seguía sobre el suelo, protegiendo el secreto que sólo al viejo y a mí nos pertenecía. La retiré y nuevamente apareció dibujada la silueta de la trampilla. Comencé a sentirme nervioso, notaba que el miedo a lo desconocido entraba en mi cuerpo bajo la forma de un cosquilleo sutil que aceleraba los latidos de mi corazón. Tuve que repetir los esfuerzos de la vez anterior, pero todo fue más rápido y en un par de minutos apareció ante mis ojos la oscuridad de ese espacio misterioso. A medida que avanzaba, la luz de la linterna iluminaba con suavidad el lomo de los libros. Otras zonas de la estancia quedaban sumergidas en una penumbra escalofriante.

En esta ocasión no hojeé nuevos volúmenes. Tenía cierta sensación de desconcierto inexplicable y di no sé cuántas vueltas por la habitación, buscando una respuesta al misterio de los libros ocultos.

Rastreé incluso detrás de las estanterías, lugar donde van a parar muchos de los libros que, sin haber sido prestados, siempre damos por desaparecidos. De pronto descubrí lo que parecía ser un nuevo secreto: una vieja cortina de harpillera, totalmente camuflada por los anaqueles y que, aparentemente, ocultaba la entrada a un nuevo lugar. Retiré como pude la estantería. Encontré un pasadizo estrecho que, más adelante, se ensanchaba hasta adquirir notables dimensiones. No me atreví a seguir y regresé a la biblioteca. Volví a dejar las cosas tal como las había encontrado y esperé que pasara el tiempo hojeando nuevos libros que elegía siguiendo mi propia intuición. Un par de

ellos eran algo parecido a novelas manuscritas. Tomé uno. Leí el principio e inmediatamente me dirigí al final. Era curioso, pero carecía de esa conclusión imprescindible en una obra de ficción. Al otro le sucedía lo mismo. Algo misterioso, pensé, había impedido a su autor terminar las historias. No obstante, al final de la última línea, las dos novelas tenían una anotación que había visto en algún otro libro. Lo busqué hasta encontrarlo. El trabajo era fácil: los libros que había mirado estaban bastante más limpios que el resto. El que ahora tenía en mis manos era un volumen de hojas amarillentas escritas a máquina. Narraba ciertas experiencias físicas realizadas en la casa. Hablaba también del espacio y del tiempo como si fueran un único concepto. Seguí mirando sus páginas y encontré un párrafo que llamó poderosamente mi atención. Decía:

*Soy consciente de que nadie podría entender los secretos que encierran estas paredes. Tras muchos esfuerzos y con riesgo incluso de mi propia vida, he llegado a conocer el final de muchas historias fantásticas inacabadas. Sería peligroso que mi hallazgo fuera de dominio popular, aunque tal vez resultara más terrible desconocer el futuro de nuestra propia historia. Es tan complicado, y tan simple al mismo tiempo... Sólo es cuestión de buscar en este espacio, capaz de hacernos vivir, lo que para nuestros hijos será una pesadilla angustiosa que yo no supe evitar.*

Mis ojos recorrieron la habitación. Me entró miedo incluso al silencio que antes me había gustado. Miré el reloj. ¡Habían pasado más de dos horas! Ya debía de ser de noche y era raro que mis padres no me hubieran llamado. De todas formas, decidí regresar con ellos a toda prisa.

No volví al sótano hasta que estuvimos instalados en la casa. Mi madre se deshacía en elogios sobre la rehabilitación. Los técnicos habían respetado la distribución origi-

nal, y habían pintado las paredes del salón de un agradable color pastel. A Jane le encantaban los muebles de estilo, y los que encontramos en la casa quedaron estupendos después de ser restaurados.

—Habrà que comprar —añadió— muchas cosas más para llenar todo este espacio. Una casa no es un apartamento.

Temí que quisiera cambiar la vieja estera por algo más moderno. Se lo pregunté y me respondió que no se le había pasado por la cabeza y la alfombra de esparto permaneció sobre la trampilla.

En la primera noche que pasamos en la casa, decidí regresar al sótano. Mis padres dormían, y el silencio era absoluto. Me puse el chándal y bajé a la biblioteca secreta. ¿Qué otro nombre podía darle a ese lugar?

Lo primero que hice fue correr la estantería y entrar en el pasadizo. Gracias a la linterna pude ver con claridad unas paredes irregulares que parecían reflejar la luz. Seguí avanzando con precaución; mis pisadas se oían en medio del silencio.

Tal vez me estaba aventurando demasiado, pero una fuerza poderosa y extraña me empujaba a continuar. De todas formas, pensé, ¿adónde podía llevarme el túnel? A ningún sitio o, como mucho, a las afueras de la vivienda. Muchos caserones antiguos tenían este tipo de salidas, como de emergencia.

Al cabo de un tiempo, difícil de precisar, llegué a otro lugar bastante más amplio. Tenía forma casi circular y un techo alto coronado por una diminuta abertura, a modo de respiradero, que permitía el paso de cierta claridad. Me sobresalté. Era de noche y ¿de dónde podía proceder esa claridad? Miré mi reloj. ¡Eran casi las siete de la mañana! El maldito se debía de haber adelantado, puesto que apenas llevaba unos minutos allí. Sin embargo, la luz del exterior me decía todo lo contrario. Volví a mirar el reloj, que aparentemente funcionaba con toda normalidad. No